

DIRECTOR ARTÍSTICO
—
JOSÉ LUQUE
ARTE

MADRID EN BROMA

SEMANARIO HUMORÍSTICO

DIRECTOR LITERARIO
—
MANUEL CEREZO
DE AYALA

Redacción: Jordán, 1 y 3.

Redacción: Jordán, 1 y 3.

Suscripción. — Madrid: trimestre adelantado, 1'50. — Provincias: 2. — Extranjero: 3'50.

COMO HAY MUCHOS, por ROJAS



—Mira, Luisa, qué pollo viene por ahí.
—Ya lo he visto, y procura hacerte el desentendido, porque es el de la casa de préstamos que me tomó anoche tus calzoncillos para poder comprar los calcetines de rayas.

SUMARIO

TEXTO: *Mesa revuelta*, por J. R. de Loaysa. — *Cuestión comercial*, por E. Navarro Gonzalbo. — *Bendiciones inútiles*, por Luis de Ansoyina. — *Por los clásicos de Cristo!*, por José Menéndez Agustí. — *Los sábados de doña Quirotas*, por Martín. — *Los santos*, por Adolfo Llanos. — *Mi chifladura*, por Javier Luceño. — *Cuento*, por Jacinto Correa. — *Confiteor*, por Manuel Cerezo de Añala. — *Entretenidos*.
 GRABADOS: *Como hay muchos* y *El noble conde*, por Rojas. — *Gabriel de la Puerta y Helenas y Capricho*, por Luque.

MESA REVUELTA

PERDÓNENME los apreciables lectores de MADRID EN BROMA por meterme en camisa de once varas; y digo esto por adelantado, para evitarles este trabajo; pues ustedes lo dirán seguramente, después de que yo les haya servido el mal aderezado plato que puedo ofrecerles esta semana.

Pero no es culpa mía.

Un deber imperioso y un suceso triste son causa de que el cocinero oficial no les sirva a ustedes.

Nuestro queridísimo compañero *Cascabel* se halla postrado en cama, víctima de una pulmonía. ¡Ojalá que la enfermedad no tenga un desenlace triste y que desde el próximo número pueda él ofrecerles sus sabrosísimos platos!

Entre tanto, voy, como buenamente pueda, a cumplir con la delicada misión que se me ha encomendado.

¿Hay nada más sabio ni mejor ordenado que el Calendario cristiano?

Primero, la venida anual del Mesías, seguido invariablemente de los magos, disfrazados de carboneros, ó, mejor dicho, de carboneros disfrazados de reyes magos.

Después el Carnaval, con sus atractivos de prendería y sus muchas aventuras entre matrimonios más ó menos efectivos, y con más ó menos tendencias al divorcio.

Y, por último, y como medio único para purificar á la humanidad de sus muchos extravíos y pecados veniales y mortales (porque de todo hay), cometidos durante el año, se nos presenta la Semana Santa.

En esta época del año, nadie se libra de la influencia de la religión, ni de la acción rápida y segura de los potages.

Hasta cierto punto, la cosa no deja de tener sus atractivos.

Lo primero con que tropieza todo ser viviente en estos días, en cuanto se levanta, es con una ó más esquelitas, muy bien satinadas y elegantemente impresas, y cuya redacción está concebida en los siguientes términos:

«Apreciable amigo: Tal día y á tal hora, pido en las *Arrepentidas*».

«Hace mucho tiempo que conozco las bellezas que encierra su generoso corazón, y no dudo pasará usted á ponerme (¡) algo».

Lo natural es que estos *reclamos* sean de personas de confianza, y que dé la casualidad de que alguna de estas señoritas conozca efectivamente las bellezas de uno; y qué hacer en caso semejante? No queda más recurso que coger el sombrero y encaminarse á la iglesia, y poner algo en la bandeja de la pedigría, saliendo momentos después de las *Arrepentidas*, completamente *arrepentido* de haber ofendido á Dios, y sobre todo de... haber entrado.

No son únicamente los cereros los que en esta época hacen el agosto; también es el período de recolección para los médicos y farmacéuticos, que son los encargados de corregir los desarreglos estomacales que trae consigo la *Cuaresma*.

Las personas precavidas, y sobre todo glotonas, se preparan días antes con una purguita, y con esto logran salvarse de serios cólicos; pero otras, y son las más, se atracan de *verde* y demás artículos cuaresmales, y cuando quieren recordar se encuentran entre un Hipócrates y un Galeno, que es, como si dijéramos, entre una suegra y la funeraria.

La excepción de esta regla son los huéspedes de seis reales con gotas de chocolate y principio.

(1) Un par de banderillas, pongo por caso

Estos todo lo digieren; sus estómagos guardan analogía con el de los buitres.

Recuerdo que el año pasado, por esta fecha, me encontré uno de estos seres privilegiados; y después de los saludos de ordenanza y de invitarle á tomar una taza de café, me dijo, hablando de su patrona:

—Chico, en el siglo en que vivimos se ha despertado de un modo alarmante la idea de la originalidad.

—Todo el mundo pretende hacer algo, y que este algo constituya un invento.

—¡Pásmate! Hoy, por ser Viernes Santo, ha tenido nuestra patrona la original idea de servirnos en el almuerzo un gran flan de café con espinacas.

¡Horror!—exclamé asombrado;—¿y qué hicisteis?

¡Qué habíamos de hacer!—respondió mi amigo;—cerrar los ojos, y empezar á tragar aquel infundio, pensando en los apuros y fatigas que hubiera pasado el mismo Jesús al servirle un plato tan original.

Este año, rompiendo la tradicional costumbre, hemos tenido corrida de toros antes de Pascua.

¡Y qué corrida! mejor que la del domingo, la dan los muchachos todas las tardes en la Plazuela de las Descalzas.

¡Qué toros y qué toreros! Y sobre todo, ¡qué mal efecto ha producido á ciertos periódicos de ideas avanzadas eso de lidiarse toros en Semana Santa!

Esos periódicos, debido sin duda á pobreza de espíritu, temen á los pitones de los toros que en su día nos pueda soltar el señor San Pedro, como justo castigo á nuestro poco respeto con la Iglesia, y nuestra mucha afición á los bueyes que ahora se estilan en esta plaza.

De todos modos, á mí tampoco me parece bien el haber adelantado la corrida; porque muchos, que no esperaban la novedad, no han tenido tiempo de economizar, y de ahí, sin duda alguna, la poca concurrencia.

¡Qué bien ha obrado Sor Patrocinio muriéndose! ¿qué no la hubiera pasado al llegar á sus oídos tal escándalo?

De fijo que de la emoción que pudiera causarle la noticia, se la hubieran reproducido las llagas.

J. R. DE LOAYSA

CUESTIÓN COMERCIAL

Dice el amoroso Código,
para el que sabe leer,
que todo amante ha de ser
necesariamente pródigo

la exagera la malicia,
y todo el mundo lo sabe!

En los asuntos de amor
hay mucho de comercial,
y para no quedar mal
hay que ser buen pagador.

Hay que hacer los imposibles
si la letra se aceptó.
¡Ay del infeliz que no
tiene fondos disponibles!

Porque ya está demostrado
que con estas relaciones
todas las operaciones
hay que hacerlas al contado.

En vano ofrece interés,
lleno del mejor propósito,
y escrituras de depósito,
y suscribe pagarés.

Así, el que bulle y trabaja,
si ha de cumplir su deber,
procure siempre tener
valores firmes en caja.

Le acusan con saña impía,
le abruman con el des crédito,
y le retiran el crédito
al ver su caja vacía.

Que el dulce y amante abrazo
que sanciona una conquista,
es una letra á la vista;
no puede pagarse á plazo.

¡Es una fatalidad!
En amor, al arruinarse,
es preciso declararse
pobre de solemnidad.

Y es tan estrecho el rigor,
que no hay prórroga ni pacto.
Si no se alona en el acto,
ya no vuelve el cobrador.

Es el único remedio,
con franqueza lo declaro:
ser pródigo ó ser avaro;
¡no existe término medio!

¡Y la cosa es grave, grave;
porque cunde la noticia,

Declararse en quiebra franca
sin excusa ni pretexto;
y antes que venga un protesto,
cerrar la casa de banca.

E. NAVARRO GONZALBO.

BENDICIONES INÚTILES

I

Justo... ayer se ha casado,
y estaba tan bonita en tal momento
con el traje de boda, que he rabiado
al ver que no era aquel mi casamiento.

Es tan grande el poder de su hermosura,
que al bendecirla el cura
la miré con las ansias de un hambriento.

Su marido... ya sabes,
aquel pobre lonio
de tiernos ojos y palabras suaves,
fué tranquilo y feliz al matrimonio,
con la pura inocencia de las aves.

Y, al rizado á una prosa empalagosa,
capaz de derrocar impulsos altos,
no temo los asaltos á su esposa,
plaza siempre dispuesta á los asaltos.

Porque es el infeliz de esos creyentes
que, á fuerza de creer, casi desbarran,
y que á la fe se agarran
con las manos, las uñas y los dientes.

El pobre la miraba como un bobo,
y yo, que sigo como siempre esclavo
de mis instintos y mi afán de lobo,
y que al verme caer me cojo á un clavo,
al fuego de mi amor enrojecido,
me aproveché de su inocente arrobó,
y fijé la mirada

en la hermosa mujer de aquel marido.

Y ella... no te miento,
se sintió por mis ojos abrasada,
y acaso se olvidó del casamiento.

Y al pronunciar el sí con voz entera
volvió hacia mí su frente nacarada,
me envolvió en su sonrisa,
llena toda de tonos seductores,
y levantóse del cojín ligera,
como quien tiene prisa

de cumplir compromisos anteriores.

Ni ella ni yo sabemos

el final de esta historia...

¿Qué me reserva el porvenir? ¿La gloria
ó el abismo? No sé... Ya lo veremos.

II

Unióla un cura á Pallo,
que es tonto y necio, como buen marido,
y á mí la unió la bendición del diablo.
Ella me prometió... lo que ha cumplido.
Lo cual es fidedigno testimonio
de que la línea recta es gran locura.
¿Cuando bendice un matrimonio el cura,
qué carcajadas lanzará el demonio!

LUIS DE ANSORENA.

¡POR LOS CLAVOS DE CRISTO!

*Epístola remendada,
con ribetes de monólogo,
que viene á ser como el prólogo
de una senda bofetada.*

Señor don Gaspar Costal:
estos renglones le mando,
porque me está asesinando
su bombardino infernal;
y si tardo quince días
en cambiar de domicilio,
voy derecho á San Baudilio
como un nuevo Jeremías,
ó decidirá un fusil
la suerte del trompetero,
aunque marche al Saladero
entre la guardia civil.
Del bombardino, no atino
á comprender la armonía;
tendrá mucha melodía,
mas detesto el bombardino!

Modere, señor Costal,
sus musicales advervios,
pues me subleva los nervios
con su música infernal.

No estropee más el arte;
apague el musical fuego,
y que se largue, le ruego,
con la música á otra parte.

Si nó... cojo al bombardino
y á usted, y los hago trizas;
y no quedan ni cenizas
de los dos. Con que termino,
porque viene bien aquí,
sin ser muchacho ni vieja,
la oportuna moraleja
de un cuento, que dice así:

«Mortal, entendido ten,
y de no olvidarlo trata:
que todo el que á hierro mata,
á hierro muere también».

Con que, ándese usted con tienta,
y á ver, señor don Gaspar,
si le tengo que aplicar

la moraleja del cuento.

Mandó al punto á su destino
esta carta Pedro Perzu;
salió furioso el vecino,
y... ¡y le rompió el bombardino
encima de la cabeza!

José MENENDEZ AGUSTY.

LOS SÁBADOS DE DOÑA QUIROTECAS (1)

LA CASA, LA SALA, EL PERRO, EL MARIDO Y OTROS PORMENORES

UNQUE hace tiempo que tuve el gusto de presentar á mis lectores á mi amiga doña Quirotecas, mujer no comprendida singularmente por su marido, esta es la vez primera que entramos en su casa, y será bueno que echemos una ojeada preliminar al medio en que vive, como dice ella, desde que entra en su salón Ermeguncito, filósofo del orden de los idealistas, subclase de los *attaches*.

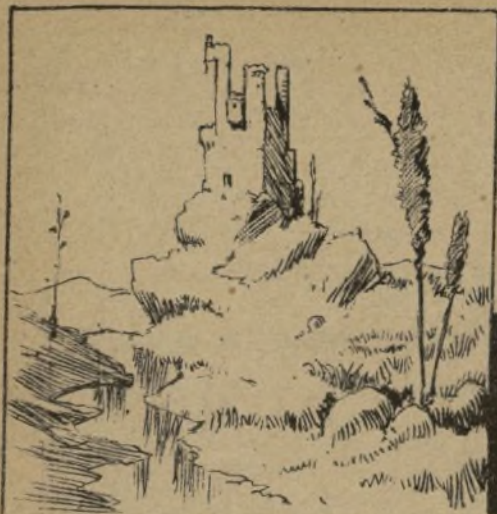
Doña Quirotecas dice que vive en el barrio más apartado del centro de Madrid, porque le gusta huir el mundanal ruido; pero su esposo, cuando no se acuerda de que su mujer necesita la soledad para el trabajo y las vistas al horizonte sensible para tener aire en qué volar, espiritualmente; cuando esto olvida, el esposo asegura con la más cordial buena fe que un cuarto, por modesto que sea, cuesta un ojo de la cara (la suya) en una calle céntrica, y que los tiempos están muy malos, y que cada cual tiene que vivir con arreglo á sus facultades, y no estirar los pies más allá de la manta; con otras razones como puños, que él sabe muy bien, pero que sólo dice cuando no hay doña Quirotecas á una legua á la redonda.

Habitan un piso tercero—hay entresuelo—de una casa pintada por fuera de amarillo y empapelada por dentro con papel de forrar baules, excepto el comedor, que tiene las paredes llenas de bodegones y alegorías bucólicas, obra todo ello del pincel de un primo de doña Quirotecas; el cual primo, en su calidad de pintor escenógrafo, tiene presentado un drama en un teatro muy principal. Tampoco la sala de recibir, como él dice, el marido, ó el estrado, como decía la difunta suegra del marido, ó el salón, como ordena y manda que se diga doña Quirotecas, está empapelada ó empapelado con papel de forrar baules, sino con otro que imita raso amarillo, á la manera que lo imita la tela de que están forrados sofás y sillas, que son entre todos un apostolado.

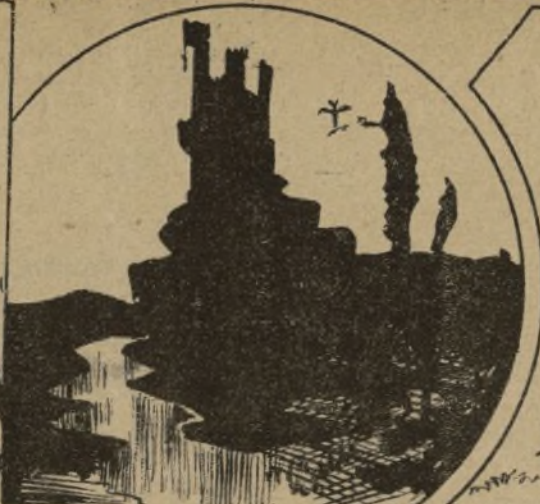
Asimismo son amarillos los cortinones que cubren los huecos. De modo que en cuanto amanece Dios y D. Baudilio de Llobregat, que así firma la nómina el esposo, se levanta y abre los balcones para que entre la gracia del Señor y salga la peste de literatura que ha quedado allí desde las altas horas de la noche; apenas, digo, el radiante Febo mete la capa en aquel antro de poesía trasnochada, parece que todo allí se muere de envidia, según lo *amarrillente*, si vale el adverbio, que reluce todo. El escenógrafo ha notado—y por poco le saca su prima los ojos en gracia de la observación—que la sala de *Quiritas* (diminutivo de Quirotecas) parece una decoración de sala regularmente amueblada, según se usan en provincias, y por supuesto, vista de día la decoración. Este chiste, ó lo que sea, que al primo le gusta mucho repetir, porque él repite todo los chistes, podrá costarle caro, porque Quiritas no perdona los que son en detrimento de algo suyo, salvo el marido, que deja como baldío para pasto del humorismo epigramático de los tertulios.

Hasta que el sol se pone, doña Quirotecas quiere—y dicho y hecho—que el salón esté envuelto en una *indescernible* y *vaga penumbra*; crepúsculo artificial, que se consigue con entornar las maderas de los balcones y correr el pesado cortinaje. Don Baudilio de Llobregat es el que tiene esta misión en la tierra; misión que no es tan fácil de llenar como á primera vista parece, porque Quiritas quiere que aquella media luz se cambie por grados, según el curso del sol; y así tiene que estarse todo el santo día tira de aquí, de allí por las cortinas; lo cual que su mujer suele decir, aludiendo á los balcones:

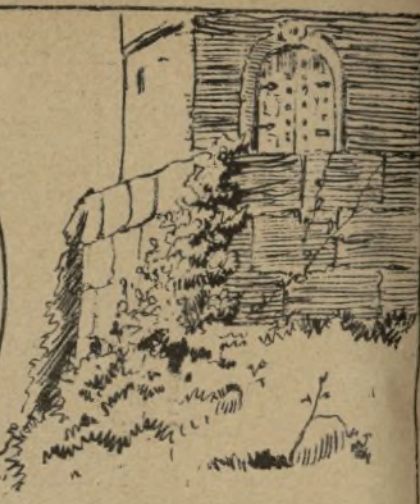
(1) Fragmento de una novela.



De un valle ameno en apartada orilla,
á quien con mano pródiga Natura
de sus encantos dió una maravilla,
levántase soberbio y altanero
el castillo feudal de un gran guerrero.



Su silenciosa paz sólo es turbada
por el suave rumor de un arroyuelo
que serpentea al pié de la enramada;
el sonoro cri... cri... de oculto grillo,
y el poético canto del cuclillo.



Ciñe á la fortaleza en sus murallas
cubriendo las paredes verde-yedra,
donde existen las huellas de batallas
que contra el moro audaz, siempre valiente,
el guerrero sostuvo frente á frente.



Llámasse el gran caudillo don Ulrico,
dos hijos tiene:



Mendo



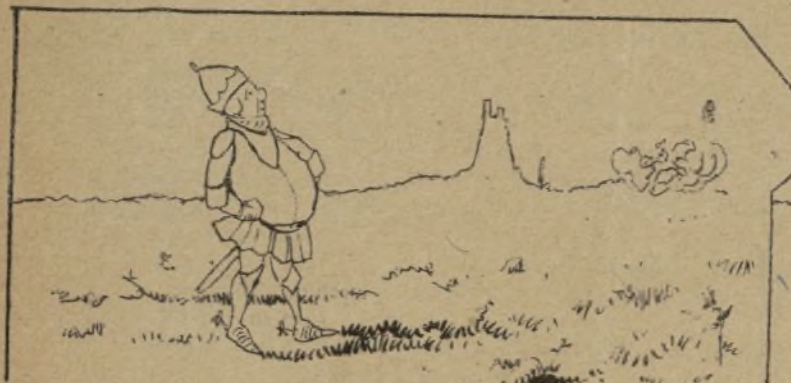
y Godofredo;



su esposa doña Bárbara
de Enrico;



y cólmanle de goces en el mundo,
sus suegros Cenegunda y Segismundo.



Una tarde que el noble conde estaba
admirando lo bello del paisaje,
observó que un jinete se acercaba;



y sospechando que en su busca viene,
con rudos ademanes le detiene.



—Del noble rey Alfonso traigo un pliego
—dice el recién llegado en voz muy baja—
del cual os enteréis pronto, os ruego;
pues el moro otra vez, terco se aferra,
en ser rey y señor en nuestra tierra.

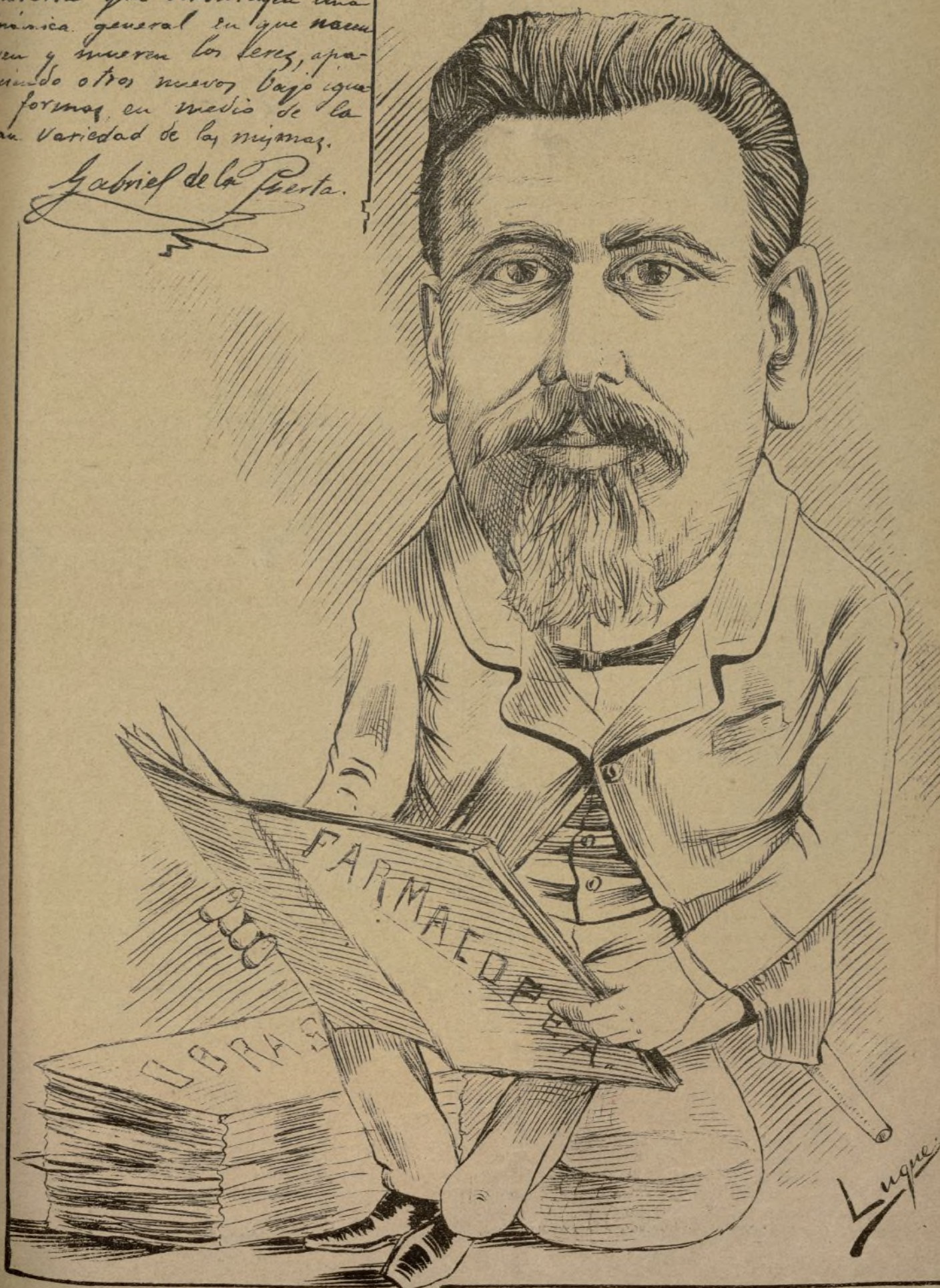


Pues dile al Rey—gritó el noble guerrero—
que estoy dispuesto á derramar mi sangre
prestándole mi fe de caballero,
y que irán á la lucha mis soldados
á dejar á los moros malparados.

(Se continuará.)

En la vida universal, en la epig-
nacia de todos los seres, se descubre
un conjunto de acciones físicas y
químicas, un cambio continuo de
fuerzas y transformaciones de
materia que constituyen una
dinámica general en que nacen
viven y mueren los seres, apa-
reciendo otros nuevos bajo igual
las formas en medio de la
gran variedad de las mismas.

Gabriel de la Puerta.



GABRIEL DE LA PUERTA Y RÓDENAS

Quando las ciernas, parece
que va cayendo la tarde.

Pero si D. Baudilio tira demasiado ó tira poco. ¡desgraciado de él!—Pero hombre de Dios—exclama doña Quirotecas, que sólo nombra á Dios para atribuirle la propiedad de su marido; —pero hombre de Dios, ¿qué haces? ¿no ves que tienes el salón en tinieblas? ¿ó no ves que esta claridad es *blafatre*? ¡Oh, malha-ya el hombre que no entiende de gradaciones, de matices! tú, Baudilio, no entiendes de matices, de *nuances*, ni en colores, ni en literatura; ayer te lo daba á entender D. Juan cuando te leía ¿aquel diálogo, que á tí te parecía poco movido. ¡Poco movido! ¿qué sabes tú de diálogos, ni de movimientos? ¡Pero, hombre de Dios, que me vas á cegar! tira de ahí, tira de allá; ¡Baudilio, Baudilio, que desgarras ese cortinón! Pero, Llobregat, ¿tú no sabes lo de *modus in rebus*?...

¡Qué ha de saber el pobre D. Baudilio, que cuando se casó no sabía dónde tenía la mano derecha! Y, además, como dice el infeliz, «yo no tengo tiempo para nada»; yo estudiaría, leería los libros de mi mujer y los de sus amigos, para no decir tantos desatinos cuando me preguntan; pero no tengo tiempo; porque, lo que yo digo, alguien ha de llevar el peso de la casa.

Verán ustedes cómo lleva el peso de la casa Baudilio, pues no hay para qué dar tratamiento á personaje tan humilde.

Se levanta, como dejó ya dicho, á la hora en que Don Quijote salió de la venta; ayudado por Gertrudis, que es la doncella de Quiritas, y que tiene el único palmito presentable de la casa, hace Baudilio la limpieza, si bien sólo cuando se llega al salón se rebaja hasta el punto de coger los zorros y el plumero. Pero entonces sí; y los coge sin pizca de vergüenza, convencido (convencido por su mujer, que es allí la encargada de convencer á todos) de que aquella delicada faena no puede dejarse en manos de domésticos. En medio de la sala hay un gran velador maquizado, que soporta la inmensa pesadumbre de muchos álbums, tan grandes como los libros de coro de la catedral de Toledo; también hay en aquel montón de procesos literarios, cuadernos de poesías inéditas, de varios autores platónicos, ó sea sin editar; y, por último, algunos libros que llevan por título *La lira*, *El arpa*, *La guzla* y otros instrumentos de cuerda. Para limpiar de polvo (ya que de paja no es posible) aquellos preciosos muestrarios de la poesía es preciso no escaso conocimiento de nuestra literatura contemporánea, y sería absurdo que Gertrudis tocara allí; aun el mismo Baudilio suele cometer algunas irreverencias, que Quiritas castiga con reiteradas jabonaduras.

Para que los lectores entiendan esto de las jabonaduras, y no lo echen á mala parte, es preciso que hable yo de Safo y de Faón.

Safo y Faón eran una pareja feliz; Dios los había criado macho y hembra, y Baudilio era el encargado de labrar su ventura en la tierra. Safo era una perra y Faón su prometido; ambos descendían de una rusa de lanús finas, blancas, mezcladas de café con leche; las orejas grandes, delgadas y de rizado pelo, caían con elegante negligencia, como las ramas del sauce; la cola abundosa tocaba el suelo y se movía en gracioso zig zág. Faón y Safo se amaban, y Baudilio era el encargado de conservar sus encantos, merced á una exquisita limpieza. Tres horas le costaba el tocado de Safo, que, amiga de rozarse con todo, se ponía negra de un día para otro; Faón era más pulcro; así y todo, Baudilio empleaba cada mañana hora y media en dejarle como un armiño.

La faena era de excesivo trabajo. Baudilio no podía con tanto, y al fin se resolvió á cometer un crimen. Decidió librarse de Safo, de la muy sucia de Safo. Matando á Faón no adelantaba nada; porque Safo, lasciva como pocas, Mesalina de canas, hubiera cohabitado con cualquier perruco de la vecindad, y esto representaba una multiplicación de jabonaduras, que hubiesen dado la muerte horrible del cansancio al mísero Llobregat.

La muerte de Safo era mucho más útil, porque Faón era más aseado y no podía parir.

Con los perros sucede como con los hombres, según el derecho civil; el parto sigue al vientre. Una mañana estaba Safo con las patas delanteras puestas sobre el alféizar de una ventana.

La ocasión era de perlas; Baudilio se acercó sin hacer ruido á la perra, la cogió por el rabo, y... Safo dió el salto de Léucade. Quirotecas, que conocía el corazón humano, á fuer de novelista,

adivinó en la hipocresía de los lamentos con que Llobregat solemnizó la muerte de la perra, que él había sido el autor del crimen. Consultó la esposa con Ermeguncio el caso, y le preguntó su opinión acerca del divorcio. Convinieron el filósofo y la literata en que la muerte de Safo había abierto un abismo entre el esposo y la esposa; pero no pasó de ahí; porque comprendieron uno y otro que el derecho positivo no estaba bastante adelantado para favorecer sus planes de separación eterna.

Baudilio siguió jabonando á Faón, y Quirotecas le obligaba, siempre que había reyerta, á duplicar las jabonaduras: siempre terminaban así sus disputas:—Caballero, haga usted el favor de ir á lavar el perro.

Faón miraba con aire de lástima á Baudilio, que le había dejado viudo.

CLARÍN.

PENSAMIENTOS

Quiero olvidar, y á Dios pido
la locura del olvido.
¿A qué pensar en ayer?
¿Qué me importa lo que ha sido
y lo que ya no ha de ser?

¿Qué esperanzas al principio!
¿Qué desencantos al fin!
¿Siempre estamos anhelando
lo que nos hace gemir!

¡El hombre! genio fecundo
en soberbias ilusiones:
¡quiere mandar en el mundo,
y no manda en sus pasiones!

Ahora empiezas la partida,
eres niño, ufano estás,
y te parece la vida
un encanto sin medida
¡Mañana me lo dirás!

ADOLFO LLANOS.

MI CHIFLADURA

Lector amigo, soy tan llanote,
que te confieso, por de contado,
que soy un tonto de capirote;
que soy un tita y un desgraciado.
Yo lo comprendo, pero ¿qué quieres?
Dice un adagio: «Genio y figura...»
¡Yo me disloco por las mujeres;
ellas son sólo mi chifladura!

Por unos ojos negros me muero;
si son azules pierdo el sentido;
por los castaños me desespero,
y por los pardos ya estoy perdido.

¡Ay! Las mujeres me vuelven loco;
yo las contemplo cándidamente,
y, sin sentirlo, poquito á poco,
me pongo idiota completamente.

Este carácter, lector, lamento,
pues son coquetas veinte mil veces;
y, sin embargo, nunca escarmiento,
y hago por ellas estupideces.

Yo no debiera serles constante,
pues las conozco por experiencia;
y á demostrarlo voy al instante,
si para oírme tienes paciencia.

Tuve dos Lolas, tres Asunciones,
una Ramona, seis Rosalías,
cinco Consuelos y Encarnaciones,
y cuatro Puras y diez Marías.

Una por una las fui queriendo,
pasión eterna todas juraban,
y cuando, tosto, lo iba creyendo,
¡me demostraron que me engañaban!

Me dieron siempre por liebres, gatos,
mas no consigo desengañarme...
¡Paso con ellas tan buenos ratos,
que nunca dejo de enamorarme!

Creo que amarlas es mi destino;
son muy coquetas y engañadoras;
pero... al mirarlas, yo pierdo el tino;
¡son tan bonitas! ¡tan seductoras!...

¿Que no la hay buena? Sí, lo concedo;
pensar hallarla será locura;
pero sin ellas vivir no puedo...
¡Ellas son sólo mi chifladura!

JAVIER LUCENO.

CUENTO

En la villa de Aleorón
un herrador habitaba,
á quien la gente apreciaba
por su humilde condición.
Según costumbre en la villa,
para poder trabajar
había hecho colocar
en la pared una anilla.
Mas no le dejaban una;
y nuestro hombre, ya cansado,

puso en su lugar clavado
un arma de res vacuna.
Como el cuerno no llamara
por su valor la atención,
ya no hubo ningún ladrón
que el tal cuerno le quitara.
Y decía él á la gente,
teniendo el cuerno ante sí:
—¡Todo ha salido de aquí!—
¡Y se apuntaba á la frente!

JACINTO CORREA.

CONFITEOR

—Acércate hacia aquí, ven sin recelo...
otro poquito más... así, hija mía...
¿Tienes miedo quizá? ¡Qué tontería!
¡Si Dios te está mirando desde el cielo!...
Confiesa, criatura, tus pecados
todos, uno por uno;
Dios está en todos lados,
y si callas algo, como El tu confesión escucha atento,
te puede condenar, y es un tormento
que no alcances la gloria
y que alejes de tí la dulce calma
que sólo junto á Dios encuentra el alma,
porque aquí en este mundo es ilusoria.
Levanta la cabeza
y dime la verdad... vamos, empieza...
—¡Me da mucha vergüenza, señor cura!
—Vergüenza confesarte, ¡qué locura!
Pues cualquiera diría...
¡Qué sé yo qué diría el que te oyera!
que alguna cosa grave...

—Sí, muy grave...

—Pues cuéntamelo á mí; yo te prometo
alsolverte después; esto es secreto,
y no siendo tú y yo, nadie lo sabe.
Dime, pues, ¿qué te pasa?
—Iba yo una mañana
á misa con mi hermana,
cuando al salir de casa
me encontré con Marcial, el novio mío,
y se empeñó en que fuera de paseo...
—¿Y te fuiste con él?

—Sí...

—¡Desvaríol...

¿Y dejaste la misa?

—¡Ya lo creo!

¡Puede tanto el amor!...

—Sí, ya lo veo.

—Que aunque yo no quería,
no sé lo que sentía,
que me obligó á acceder á su deseo.
—¿Y qué más?

—En seguida

me empezó á hablar de amor, de los placeres
con que el mundo á los jóvenes convida,
de pájaros, de flores...
en fin, de todo aquello,
dulce, armonioso y bello,
con que siempre se adornan los amores.
Señor cura, no sé qué pasó luego;
corría por mis venas mucho fuego;
y ensimismada, loca,
sentí unirse su boca con mi boca...
—Vamos... sí... en un exceso...
—Sí, señor; me dió un beso.
—¿Pero lloras? ¡Qué tonta, si no es nada!
—¡Si no fuera más que eso!..
—Continúa...

—¡Estov tan asustada!

Después, ¡ay, señor cura!
rodeó con su brazo mi cintura...
Quise al pronto romper aquellos lazos,
pero me fué imposible;
el amor, ese imán irresistible,

presa me hizo caer entre sus brazos.
Luego yo, nada vi; corrí hacia casa,
huyendo de Marcial, que me seguía...
Sin salir por qué causa, le temía...
Y aún hoy mi pecho abraza
el recuerdo de aquel infausto día.
—¡Infeliz criatura!
Rodaste, sin pensarlo, hacia el abismo...

—¿Pero usted, por qué llora, señor cura?
—Por el pobre Marcial, ¡ay, hija mía!
—Pues qué, ¿también pecó?

—Pecó lo mismo

—¡Si usted le perdonara!... Si quisiera
hacerme ese favor, ¡qué bueno fue al
fue tan bueno, ¡infeliz! por causa mía
no cesa de llorar desde aquel día.
—¿Lloro también Marcial?

—¿Y usted qué hiciera,

si en caso semejante se encontrara?

—Si yo fuera Marcial... estoy llorando,
pero entonces acaso no llorara.

MANUEL CEREZO DE AYALA

ENTREMESES

Sr. D. Domingo de Ramos.

He visto el original que ha dejado usted en esta Redacción
contestando á mis *Bromas pesadas*.

¿No podría usted pasar un momento por esta su casa, de tres
á cinco de la tarde?

¡Mire usted que es larguita la tal contestación!

¡Parece mentira que le sobre á usted tanto tiempo!

Su afectísimo,

FIGARITO.

Un francés en Toledo,
á poco de llegar murió de miedo,
porque el pobre soñaba
que las orejas al revés llevaba.
¡Sufren graves reveses,
cuando vienen á España, los franceses!

¡NO ME ATREVO!

Así se titula el primer volumen de la Biblioteca MADRID EN
BROMA, que está en prensa y serviremos á nuestros lectores en
la próxima semana.

¡Si vieran ustedes qué texto y qué dibujitos!

¡Ah! Para los no suscriptores, cada tomo costará 15 céntimos.

El hombre por quien suspiro
me desprecia por ser gorda;
¡cuántas quisieran tener
la carne que á mí me sobra!

Reflexión de un gitano: «¡Señor, yo no te pido que me des
dinero, pero sí que me ilumines para saber dónde le hay!»

Para jardines, Valencia,
para vapores, el Havre,
para guapos, mi familia,
¡y para bruto, tu padre!

Por fumarse un habano D. Antón,
no le llegó siquiera ni la unción:
fumóse del estanco uno Silverio,
y se marchó á contarle al cementerio.
Si la vida, lector, te importa un bledo,
cuando quieras chupar, chúpate el dedo.

IMPRENTA DE B. BARTUILLI Y GARCIA
Trafalgar, núm. 9, bajo.

CAPRICHO, por LUQUE



Cuatro hombres que discuten
de todo un poco.
¿Los conocen ustedes?
¡Pues yo tampoco!

CAFÉ, TES, TAPIOCA
DE
MATIAS LOPEZ

MADRID—ESCORIAL

Exigir la verdadera marca

COMPañÍA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

85 MEDALLAS DE ORO
Y ALTAS RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Depósito general: Calle Mayor, 18 y 20.—Madrid.